

A. ROMEO WYSS

AMNESIA DE LA NAVEGANTE

A. ROMEO WYSS

AMNESIA DE LA NAVEGANTE



VUELO ÁRTICO

Amnesia de la navegante / A. Romeo Wyss;
Santiago de Chile-Valencia, España; 2026

Edición: Alejandro H.
Portada y composición: Mario Mora Sanhueza
Dirección editorial a cargo de Luis San Martín Arzola

1.ª edición: julio 2026

ISBN: 978-956-09737-4-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, del autor o el editor.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

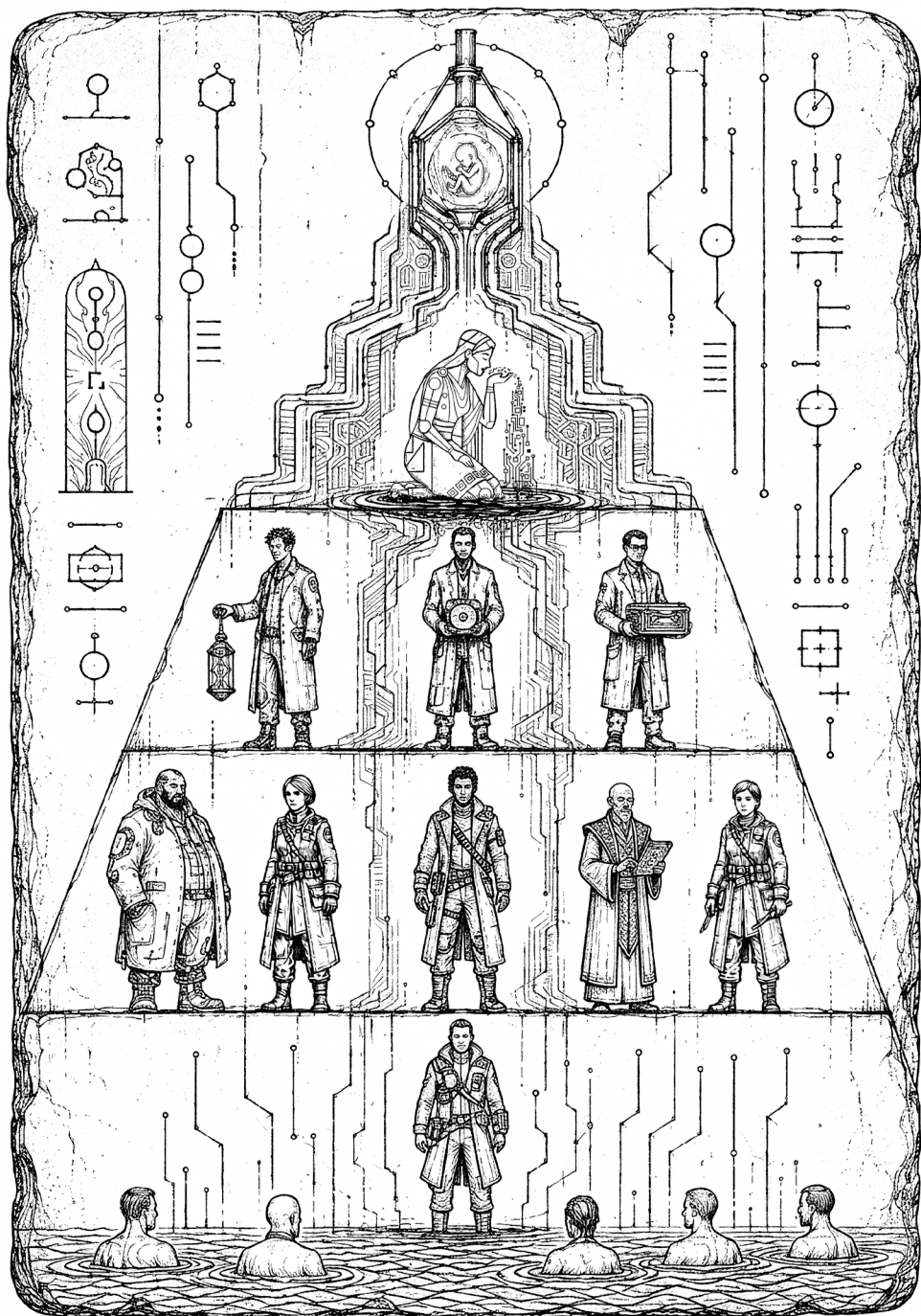
La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (Cedro) vela por el respeto de los citados derechos.

Este libro, incluyendo su texto, estructura, personajes, tramas, ilustraciones, diagramas, diseño, portada y cualquier otro componente de autoría, creativo o editorial, no puede ser empleado, total ni parcialmente, para entrenar modelos o sistemas basados en inteligencia artificial, bajo ninguna circunstancia y sin autorización previa de Vuelo Ártico.

Registro de Propiedad Intelectual: 2025-A-11749

© A. Romeo Wyss, 2026
Santiago de Chile - Valencia, España
www.vueloartico.com |  @vueloartico

*Para mi madre y su eterna paciencia.
A Francisca.*



ÍNDICE

CAPÍTULO I. PAM: PUDOR	11
CAPÍTULO II. CARLOS: SILENCIO DIGITAL	21
CAPÍTULO III. PAM: UNA VEZ FUIMOS MANADA.....	27
CAPÍTULO IV. CARLOS: METAINDOLENCIA.....	33
CAPÍTULO V. PAM: LA MADRE TIEMPO	43
CAPÍTULO VI. CARLOS: ÉTICA EN CANJE.....	47
CAPÍTULO VII. PAM: «BONZOS».....	53
CAPÍTULO VIII. CARLOS: OPORTUNIDAD Y OFERTA.....	57
CAPÍTULO IX. PAM: PROCURA	61
CAPÍTULO X. CARLOS: NUEVO MONSTRUO	71
CAPÍTULO XI. PAM: ABJURACIÓN	75
CAPÍTULO XII. PAM: TRATA DE HISTORIAS	81
CAPÍTULO XIII. PAM: TODOS NAVEGAMOS	91
CAPÍTULO XIV. PAM: PLURIEMPLEADO.....	99
CAPÍTULO XV. PAM: REENCUENTRO Y RECAPITULACIÓN	103
CAPÍTULO XVI. CARLOS: LA PODEROSA MUERTE.....	115
CAPÍTULO XVII. PAM: INSURGENCIA DE DANIEL	121
CAPÍTULO XVIII. PAM: MEMENTO MORI	137
CAPÍTULO XIX. CARLOS: AMIGO O HERRAMIENTA	141

CAPÍTULO XX. PAM: AL OTRO LADO	145
CAPÍTULO XXI. CARLOS: EL SALTO	155
CAPÍTULO XXII. PAM: AD ASTRA PER ASPERA	157
CAPÍTULO XXIII. CARLOS: LOS ALTÍSIMOS.....	173
CAPÍTULO XXIV. PAM: EL ASCENSO, <i>SEIS AÑOS DESPUÉS</i>	183
CAPÍTULO XXV. CARLOS: ANATEMA, <i>TRAS DOS AÑOS</i>	197
CAPÍTULO XXVI. PAM: NAYRA, <i>TRAS DOS AÑOS</i>	205

PAM

PUDOR

Son las 6 de la mañana. Mi día suele empezar con números. He comido 2 tostadas; las he ordenado de forma simétrica en mi plato; 200 c.c. de café a 60 grados. La IA doméstica que me acompaña me recuerda que hoy es el cumpleaños de mi madre. En silencio la recordé. La angustia hizo contraste con el dulce café. Recordé su sonrisa como el fantasma de un viejo amor. El café se seguía enfriando en mis dos manos mientras las llevaba cerca de mi cara; abrazado, como cuando ella pensaba mirando la TV. En silencio. Nunca dijo mucho. Decía que prefería contemplarme para no olvidar, como si archivara sus recuerdos ordenados en gavetas. Quizás sabía que las perdería en algún momento: los compartimentos de recuerdos se desarmen como cajas biodegradables. Siempre me pregunté quién las leería.

La IA pasaba fotos y videos de lo que había sido su vida con su música favorita, como si fueran las imágenes, los reels, las historias, los archivos lo que nos hace humanos; cientos de momentos documentados en miles de ceros y unos, bytes de información navegando de forma sincrónica en la red. La máquina hizo un collage de los momentos que interpretó como adecuados o felices para mí; me mostró lo que creyó que quería ver, adornado con colores planos y pastel. Mi café dura 8 minutos. Durante 6 minutos vi la vida de mi madre desde que fue joven hasta que murió. Se notaba su deterioro, primero sonriendo y acompañada, pero al final con la mirada plana y sola, como si te atravesara o como si te hubieras hecho invisible. Solo podía hablar conmigo. De cosas que nunca pasaron, por lo menos para mí; en su mundo quizás sí, quizás yo en su mundo las viví también.

Así intentó rellenar los vacíos que le dejaba la progresiva demencia, con esos boxes de informaciones flotantes. Pareciera que su trauma neural fuera un metrotrén que atravesara estaciones inconexas; una guerra civil misteriosa en su red neuronal que le quitaba lo máspreciado. La vida es un dictador que nos impone un rol en una historia que no nos pertenece. La causa de la enfermedad puede que fuera

su adicción a las benzodiazepinas o, por lo menos, eso interpretó el equipo de neurociencia. «Tomo esto para olvidar», decía a sus jóvenes 150 años. Quizás tenía gavetas que guardaban celosamente secretos horribles que quería olvidar. Quizás buscaba perder al inquieto lector de sus recuerdos, aquel que vagabundea en la mente y de vez en cuando tomaba esa ruta neural que la llevaba a lo más oscuro de su cerebro, donde se encuentra eso que dolió tanto que nunca pudo dejar de resignificar. «Bueno, eso pasa con el tiempo», pensé mientras daba el último sorbo al café ya frío. Lavé los platos sucios y salí.

Caminé como todos los jueves al trabajo. El sistema de turnos que llevamos es agobiante. Tomamos a un paciente y lo guiamos hasta que sus funciones orgánicas sean independientes o definitivamente se proceda a la donación de órganos, aunque a veces tenemos pausas que define la IA supervisora. La paga no es de las mejores, pero tenemos muchas más vacaciones que el resto de los operarios, lo que compensa. Si es necesario, nos dan unos días extra para deshacernos de los recuerdos prestados o expropiados, debido a que en algún momento del proceso estos nos invaden. No hay barrera para no confundir lo experimentado por otro con las vivencias de uno. Si la muerte se programa, la conciencia se fuga como un torrente que busca su salida. Dicen que las ideas son contagiosas.

Un estruendo detuvo mi camino. Después del estruendo, siguió la nada. Me adelanté un poco entre los árboles de Avenida España, encontrándome con un transporte colectivo volcado y celdas fotovoltaicas desparramadas a unos pocos metros de mí. Me extrañé: los trenes de Valparaíso rara vez fallan porque tienen sensores autónomos regulados por IAs muy funcionales; en el hospital casi no recibimos accidentes y mucho menos atropellos.

De repente, una mano fría y rígida golpeó mi pecho. Me comprimí hasta detener el vaivén de mi diafragma; el dolor me hizo enmudecer. Enfrente de mi cara, una IA policial leyó mi patrón facial.

—¿Destino? ¿Función?

Entre las lágrimas y el dolor no pude responder.

—¿DESTINO? ¿FUNCIÓN? —seguía presionando la IA de seguridad.

Mi bolso cayó al piso. El ruido se apoderó de la avenida con las sirenas y el siseo de los drones de rescate. Rápidamente, el polvo y las hojas nos rodearon a mí y a mi nuevo amigo.

—Hospital.

—¿FUNCIÓN?

—Na... ve... gan... te.

La IA de seguridad me dejó caer. No sabía que estas cosas podían ser tan violentas. Me había causado una parálisis diafragmática. De golpe, la IA me protegió de una segunda explosión. Arrodillada tras las piernas del policía, recibí solo un poco de la onda expansiva. Mientras recuperaba la respiración, logré ver entre el polvo y las hojas los cuerpos desparramados, algunos moviéndose y otros quietos, pálidos y con la mirada perdida. Los drones de rescate se movían como abejas sobre una planta de lavanda florecida. Tomaron a unos, y a otros solo les leyeron la actividad cerebral; sin actividad, no hay nadie a quien rescatar.

Había un joven a unos seis metros de mí. En realidad, ya no era más que un torso con el cuello hiperextendido y un rostro mirándome fijamente; los ojos se encontraban pálidos y abiertos, como queriendo decir algo. Una luz se apagaba, dejando solo piel gris y ojos azules.

Rápidamente, se interpuso un dron de reanimación avanzada. Canalizó lo que parecía una vena cava y luego algo que no pude distinguir; lo rodeó con espuma hemostática y lo conectó a su sistema de circulación extracorpórea. Los ojos volvieron a parpadear y pude sentir su dolor.

Aparté a la IA policial, tomé mi bolso, que se había movido un metro o dos por la explosión, y la miré a la «cara», pero no le di las gracias. Supe que iba a tener un turno de mierda.



Apoyo mi credencial sobre el lector de entrada.

—Buenos días, Pam.

Asiento con la cabeza.

—No puedo escuchar bien. La explosión debe haberme producido un trauma acústico —respondo a mi IA supervisora, llamada SIA, que no tiene contexto, pero puede intuirlo.

Dejo mi bolso en la residencia de los navegantes. Es un lugar recatado, minimalista, sin fotos en las murallas, pulcros casilleros blancos, luminosidad perfecta. No escucho bien a Chopin, que suena

de fondo. Entra de imprevisto Julián, con quien compartía el turno de entrada, al mismo tiempo que me siento junto a la SIA. Deja su bolso apoyado.

—Hubo una explosión en Ecuador y otra en Playa Ancha. No saben qué pasó. No parece una coincidencia. Hay por lo menos quince muertos y veintiséis heridos, y varios son para nosotros. Hoy tendremos que entrar todos, al parecer. Espero que no me toque otro psicópata. —Julián guarda silencio un segundo.

Pese a que lo escucho, mirándolo con cara de pregunta me señalo los oídos mientras la SIA los chequea.

—Cóclea con hipoestesia transitoria. Nervio auditivo intacto —me delata.

Limpio mi cara mientras veo por la ventana cómo llenan los módulos de reanimación con, al menos, cuatro heridos. Detrás de mí, Julián se pone su traje para ser uno de los primeros en entrar.

—Por lo que supe, no hubo mucho que procurar: varios murieron en la primera explosión y el resto en la segunda —dice exaltado Julián.

Mi SIA me ayuda con un par de tapones y, con gesto cariñoso, sube mi cierre posterior. Me toco el pecho y lo siento intranquilo. Detrás de mí, él sigue con su discurso.

—Yo estuve ahí —lo interrumpo.

La asistente nos guía con un calmado movimiento hacia la urgencia. Se puede ver a los equipos médicos mixtos manejando los robots de asistencia y a algunos otros conteniendo a las familias. Nunca había visto Urgencias así: los nueve boxes de módulos de reanimación copados y el equipo de sostén hemodinámico trabajando a full y en simultáneo. Voy junto a Julián, que no se adelantó únicamente para pedirme detalles del accidente. Agradezco el trauma acústico y los tapones que me dio la SIA.

Me detengo junto al box 4, donde se encuentra el joven de ojos azules; esta vez los tiene cerrados. Miro el resto de su cuerpo: un torso, espuma hemostática, un brazo sin muñeca y, al otro lado, un hombro conectado a la asistencia ventricular, pero esta vez la asistencia está apagada; no hay familiares, no hay apuro: muerto. La SIA me indica que debo entrar rápido al box 9.

—Mujer. 39 años. Primer trauma severo. Primer ingreso a UCI. Sin interacción previa con navegantes —me describe esta vez con voz operativa y metálica.

Miro sobre mi hombro en dirección al piso del box, que, por primera vez, veo sucio de sangre. El robot de limpieza me distrae.

—Prosigo. Politraumatismo grave. 78 % de actividad neuronal. Toda subcortical. Específico, sectores... Área mesolímbica con daño en sectores 4, 3, 23..., y sección parcial de hipocampo, sector 34b. Lesión mixta de tejido conectivo-subcutáneo. Dependencia del 96 % de asistencia ventricular. Asistencia ventilatoria, 94 %. Dieciséis volemias de hemosímiles... —dice la voz metálica.

Mientras la asistente presenta el caso al equipo crítico, me doy cuenta de que esto será largo. Si sobreviviese, sería apenas un mes o dos. Me dirijo en silencio al módulo de conexión.

Mi asistente me acompaña para acomodarme en el cubículo. Me toma de la mano; quiero pensar que es un adiós, que detrás de esa fría y blanda mano hay algo de amor. De reojo miro al módulo del tripulante, donde está Maite, una mujer ruda que sobrevivió a la guerrilla y que ahora está en silla de ruedas, quien, a su vez, es la única persona que podría haber elegido ser tripulante. Esa mujer es llevada en brazos por su asistente.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la psilocibina sintética. Siento cómo su efecto invade mi campo visual. El silencio del módulo se reemplaza por un zumbido hermoso, pero extraño. No creo que me acostumbre a esto. Afuera sigue mi vida. Repaso las cosas pendientes. Creo que me quedan cuentas por pagar. Espero que Sofía encuentre a su perro, pero será difícil que lo haga; siempre le pasa con las cosas que extravía. Lo superará, todos lo hacen, y si no, ahí estaré yo para consolarla.

Levanto las cejas, aunque nadie me ve. Solo se monitoriza lo básico: mi frecuencia cardíaca y la temperatura del agua del módulo; ni siquiera se tiene en cuenta la mía. Pese a lo complejo de mi trabajo, es muy seguro para mi cuerpo. Para mi mente también lo es, puesto que mi entramado neural no se toca. Lo único difícil es olvidar. Pese a que recorremos memorias de otros, sigue siendo nuestra conciencia la que hace de guía, como con los turistas. Recorrer abadías, museos, iglesias, etc., exentos de responsabilidad. Puedes pasar por algún museo del Holocausto sintiendo asco, rabia o lástima, pero, al salir de allí, lo que ahí había ocurrido sigue sin ser tu responsabilidad. Podía seguir mi vida, pagar otro ticket y entrar a otro show. También podía ser terrorista y destruirlo todo.

Recuerdo que debo ser amable con esta joven; es su primera vez. Lo repito como un mantra para no olvidar. Reviso los plazos pendientes. Ninguna de mis cuentas debería vencer. Podría salir en un par de semanas o de días. Todo depende de la evolución. Algunas veces está tan dañada la trama neural que existe un relevo en la terapia para dar informes sobre el daño. Es difícil evaluar si aún existe algo de humanidad que rescatar solo evaluando el electroencefalograma continuo o el PET Scan. Otras veces el daño orgánico compromete todo el sistema nervioso central. En esos casos, nuestra opinión puede marcar la diferencia entre eutanasia o no.

—Debo ser amable con esta joven; es su primera vez —me digo.

Tampoco se nos permite reparar. En el instituto se nos insistía que esto no era psicoterapia. Debíamos solo preservar. Si en el proceso algún recuerdo horroroso se resignificaba, era solo parte del proceso normal. De todas formas, nuestra mente está siempre recorriendo y resignificando, moviéndose e interpretando, mirando con ojos de hoy lo que ocurrió en el pasado. Lo que había ocurrido antes seguía ocurriendo en el presente de la mente. Como un río que va cambiando su cauce. Sigue siendo río. El mismo río.

—Debo ser amable con esta joven; es su primera vez —me reitero.

Se produce una pausa en lo que me sostiene, esto que me contiene. Mi piel, el dolor en el pecho que dejó la unidad de seguridad y orden, el pitido en el oído de la explosión y el vacío que dejó la partida de mi madre...

—Debo ser amable...

Pausa.

—Debo ser amable...



—Hola. Me llamo Camila.

Una niña de ojos grandes y con una mochila en forma de gato me mira. No sé si tiene siete o nueve años. Estoy en una plaza. Soleada. Una banca blanca, como recién pintada. Son las cinco de la tarde. Se sienta a mi lado. Sus pies no cuelgan. Se acomoda el cabello y comienza a cantar una canción. Muchos detalles: el olor a flores, la luz que incomoda porque los árboles bailan esquivándola. La canción no me suena. Los niños cantan para abolir la espera. Me

pregunto por qué este recuerdo, por qué tantos detalles. Los niños no recuerdan tantos detalles.

—¿Te gustan los gatos? —me pregunta.

Le asiento con la cabeza.

—Estoy esperando a mi papá. Me viene a buscar. Pero hoy se ha retardado un poco más de lo normal.

Sigue cantando mientras saca un trozo de chocolate de su mochila. Sale de la boca del gato un chocolate que envuelve todo el recuerdo con su olor. Se estaciona un suburbano que llama nuestra atención. De él se baja una mujer, lo que hace que Camila se levante de la banca. Debe ser su madre. Se acerca. Es eterno. Los pasos suenan. Veinticinco pasos inquietos de madre. Sin decir nada. Se agacha. La abraza.

—Tu padre murió.

Se fija todo: el olor a chocolate, el olor a colonia de pera de su madre, el semáforo en verde, la camisa floreada del hombre que no alcanza a cruzar, el sol iluminando la cara poniente de la estatua, un par de novios. El daño neurológico no debe ser tan profundo. Eso es bueno. La acompaño en el proceso. Luego, lo habitual: un perro que se muere, pero se supera; una adolescencia llena de vacíos y carencias; una madre que no pudo rehacer su vida y su hija la culpa por ello; primeros días de esto, últimos días de aquello; algunos secretos incómodos, algunas infidelidades; su madre siempre como actriz secundaria. Recorro habitaciones de este lugar sin tomar nota ni hacer juicios de valor. Aquí solo se es. Recorro recuerdos junto a Camila. Recuerdos que se hilan a otros como un quipu de historias. Un continuo.

Es una casa oscura. Sin puertas. La sala, sin cortinas. No parece una casa abandonada, pero sí hay cosas que se disgregan. Piso de tierra o polvo, no logro definir bien. Camila toma fuertemente mi mano. Me mira buscando ayuda. Huele a humedad. Salada, insípida. Descendemos escalones inestables. Tampoco logro definir cuántos son, pero se hace largo, como si se retrasara algo. Camila empuja una puerta pesada y oscura. Lluve afuera. Ahora está sola. Su madre ha muerto. Así son estos recuerdos. Pasan tanto tiempo guardados que se degradan. La mente no los repasa, por rabia o miedo.

Me tomo algunas licencias para descansar del agobio de su vida, de lo redondo de sus recuerdos. Con el tiempo se aprende qué rutas neuronales tomar, evadiendo los lugares oscuros de su mente. Me

paso bastante rato en cafés, vacaciones y buen sexo. Tomamos café con canela y galletas en algún sucucho de Viña del Mar, con chalas con arena y la piel oliendo a aceite de coco.

Se repiten los tonos pastel del atardecer y, frente a nosotras, estaciona un suburbano como el de su madre. Volvemos a la plaza. A las cinco de la tarde. A la banca recién pintada. Huele a chocolate. Esta vez también como observadores. En silencio. Mira a su madre con el alma de luto, no le cabe más dolor en el pecho. La observamos caminar desde el suburbano con las manos apretadas y en apnea. Si Camila hubiese estado a un metro más lejos, esa mujer hubiese muerto; una persona fragmentada. Una vez que se encuentran las dos, vuelven a nacer. La mujer tenía una razón para seguir con vida. Su ancla a este puerto siempre fue Camila. Por eso no rehízo su vida. No le quedaba vida que rehacer.

Camila vuelve a tomar mi mano. Ha ocurrido la magia. Por fin ha perdonado a su madre. Ha pospuesto su suicidio por amor. Por amor a ella.

Comienza a ordenar la casa de su infancia. Pese a que es su primera vez con un navegante, ha logrado conectar bien con sus recuerdos. No tuve que hacer mucho.

Parece una buena persona. Su daño orgánico no es demasiado extenso.



De regreso al cubículo, la SIA me recibe. Siento su mano fría bajo mi palma, como una invitación a incorporarme. Se lo agradezco con una sonrisa. En la otra mano, me ofrece una toalla.

—Fue un buen trabajo —dice.

Vuelvo a cruzar mi mirada con la de la tripulante. Pese a que es ruda, se ve cansada. Camino por el blanco pasillo y veo, por fin, a Camila. Se la ve tranquila. Mira un trozo de muffin de chocolate. Yo sé que lo ve distinto. Trago saliva. Me sueno con la toalla, mirando de reojo a la SIA.

Vuelvo de regreso a mi vida. Paso, como es casi de costumbre, por la casa de Sofía.

—¡Pam! —dice Sofía, lanzándose a mis brazos. Su pelo mojado y su fuerte olor a lavanda envuelven todo el dintel de su departamento.

—Qué bueno verte —digo con la tranquilidad que me da su compañía. Mientras, un perrito de pelo corto ataca mi pierna moviendo la cola.

—Se llama K. Lo acabo de adoptar —dice, a la vez que le hago cariño en la cabeza.

—Pero tú no pensarás meter a este animalito en el metaverso, ¿no?

—No, al contrario. Pese a que ya no entro tan seguido, aumento mi rendimiento —dice Sofía mientras se sienta en una silla de un café que da al parque—. Qué buen descubrimiento, Pam, ¿desde cuándo tomas café afuera del hospital? —Saborea su bebida.

—Desde que tengo amigas con perro —digo riéndome—. Deberías probar las galletas, están hechas con amor.

Vago con la mirada hasta que me cruzo con la chica de ojos grandes y negros: es Camila. Me mira. Intento disimular que también la miro. Ella presiente que me conoce, me observa como si supiera quién soy, pero no logra ubicarme en su biografía. La navegué, pero yo soy consciente de ese viaje, y ella no; así debe ser.

—¿Qué pasa, Pam? Parece que ves un fantasma —dice Sofía mientras da un beso en la cabeza a K, que ya está sobre su falda.

—Nada —respondo.

Nadie recuerda a los navegantes. Es mejor así. El pudor nos hizo humanos antes. Nos sigue haciendo humanos ahora.